

Estados Unidos: Crisis e Imperialismo*

Jorge Hernández Martínez**

Esta ponencia analiza algunas cuestiones fundamentales, para caracterizar y comprender la situación actual de los Estados Unidos. El propósito es trascender el examen de la coyuntura actual, signada por el proceso electoral de 2020, la derrota de Trump, la victoria de Biden y el marco de crisis de legitimidad en que se inició la nueva presidencia norteamericana. Desde luego que es imprescindible considerar tales hechos y circunstancias, pero nos limitaremos a asumirlos como referencia contextual, al final de nuestra presentación. Sobre ello se ha reflexionado extensamente. Asimismo, teniendo en cuenta que los otros participantes en este panel abordan con detenimiento el papel de los Estados Unidos en el actual tablero geopolítico mundial, sus relaciones, contradicciones y alianzas con otras potencias globales, tampoco nos ocuparemos en el breve tiempo de que disponemos de ello. Nos concentraremos en cinco cuestiones que estimamos útiles, como claves analíticas de valor teórico y metodológico al mirar a los Estados Unidos.

Primero: Estados Unidos: su condición imperialista. Hace algunos años, Atilio Borón se preocupó y se ocupó de retomar el concepto, el estudio del fenómeno, en el marco de la conocida polémica con Michael Hardt y Antonio Negri, a partir de su voluminoso libro, Imperio y de la propuesta teórica que dejaba a un lado al imperialismo. Eso no quedó resuelto, sin embargo, ya que como apreciamos en buena parte de la literatura, la noción de imperialismo como se coloca en planos secundarios, cuando no se ignora o se tergiversa su significación. El pensamiento único (bajo la confluencia ideológica del neoliberalismo, el posmodernismo, y de un renovado irracionalismo filosófico), se ocupó de ello, con su narrativa concentrada en la globalización y la posmodernidad, centrada más en visiones apocalípticas sobre el fin del mundo que en el fin del capitalismo. Con ello se dejaba a un lado al imperialismo, como algo anacrónico. Entre nosotros aparece incluso, aún hoy esa mirada. .Afortunadamente, en el pensamiento crítico contemporáneo, y en especial, en el

* El presente texto sirvió de base a la ponencia presentada por su autor en el Panel 2: “La nueva geografía del poder a nivel global. Impactos regionales y nuevas alianzas”, el 25 de noviembre de 2021, en La Habana, en la VI Conferencia de Estudios Estratégicos, auspiciada por el Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPI).

** Sociólogo y politólogo cubano. Profesor e Investigador Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU) y Presidente de la Cátedra “Nuestra América”, Universidad de La Habana. Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba (ACC).

latinoamericano, han encontrado resonancia esas reflexiones. Algunos de los GTS de CLACSO, por ejemplo, el de Hegemonía, el de Economía Mundial y Crisis, donde participan Monica Bruckman, Ana Esther, Josefina Morales, Gabriela Roffinelli, entre otros, el de Estados Unidos, Gandásegui y otros, ha hecho suyo la mirada a Estados Unidos a través del fenómeno imperialista. Actualidad y vigencia de Lenin. El imperialismo ha cambiado, su morfología es otra, pero sigue siendo imperialista. El Observatorio Geopolítico de Ana Esther, el CELAG, Silvina Romano y otros, libro reciente *Trum imperialismo.....* La cuestión no es, desde luego, una cuestión teórica, sino un imperativo del conocimiento. José Martí decía en su célebre ensayo que “conocer es resolver”. Y Marx llamaba en su undécima tesis sobre Feuerbach a conocer el mundo para poder transformarlo. Un requisito de los estudios sobre Estados Unidos radica en eso, en retener su condición imperialista. Samir Amin ha dicho que el imperialismo, más que la etapa final del capitalismo, es su carácter permanente. Y en consecuencia, al hablar del imperialismo norteamericano, es necesario añadir, para completar el fenómeno, su carácter geopolítico. En alguno de sus últimos trabajos Claudio Katz lo apunta como uno de los elementos que deben presidir cualquier reflexión sobre Estados Unidos.

2. Lo planteado nos lleva a un segundo aspecto, que es el de las transformaciones operadas en el sistema internacional y en particular, a los cambios experimentados por el desarrollo del capitalismo como sistema, por la dinámica del imperialismo contemporáneo, que como los analiza Willian Robinson, han llevado consigo tal auge de la transnacionalización que se ha transitado de un sistema mundial a otro, global, donde lo nacional (la producción, las clases, el Estado en el capitalismo) se entrelaza, amalgama, funde con lo internacional y resulta casi imposible separar procesos internos y externos. La realidad que se reflejaba con el concepto de interméstico (Bayless Manning y Abraham Lowenthal), referido a cuestiones que en el caso de Estados Unidos se manifestaba tanto dentro como fuera, en lo doméstico y en lo internacional, se corresponde con esos procesos. Esta situación implica que al abordar cuestiones como las que nos convocan en este Panel, el lugar y papel de Estados Unidos en el reacomodo mundial, si miramos, como suele ocurrir, a las proyecciones de la política exterior y de seguridad y obviamos mirar hacia dentro, tendremos una comprensión muy limitada, empobrecedora, reduccionista. Así, pongamos por caso, la importante tendencia anotada por David Harvey para entender al imperialismo hoy, la de la

acumulación por desposesión, sólo se entiende adecuadamente desde una perspectiva como la mencionada.

3. Un tercer aspecto concierne a la crisis. Es un lugar común decir que los Estados Unidos viven una crisis profunda, definida no solo por problemas y dificultades de carácter económico, sino por un complejo de contradicciones que abarca lo político, lo social, lo ideológico, lo cultural, lo ecológico, lo estratégico, que se manifiestan en una escala internacional compleja, a nivel global. Al decir de William Robinson, “no se trata de una crisis cíclica, sino estructural, una crisis de reestructuración”, que “tiene el potencial de convertirse en una crisis sistémica” (Robinson, 2013: 10). En este sentido, la crisis forma parte esencial de la propia dinámica de reestructuración constante de la modernidad capitalista que lleva consigo el imperialismo contemporáneo, cuya configuración geopolítica se ha hecho más amplia y profunda. En el presente, habría que subrayar que en Estados Unidos se trata de una nueva etapa en la crisis estructural sistémica, en la que confluye la crisis sanitaria vinculada al nuevo coronavirus y la concomitante recesión, prefigurada con anterioridad, resultante de fenómenos acumulados durante años y del efecto catalizador de la pandemia, dentro de los marcos del funcionamiento del capitalismo contemporáneo, que una vez más muestra el carácter cíclico de su crisis, pero que es también, y de manera sobresaliente, de legitimidad. Las grandes contradicciones acumuladas durante el desarrollo histórico del capitalismo ya no encuentran soluciones apegadas a sus racionalidades y mecanismos de articulación y funcionamiento tradicionales y no parecen tener una salida satisfactoria dentro de los márgenes de la propia lógica del capital y de las formas de funcionamiento del sistema mundial. La crisis forma parte esencial de la propia dinámica de reestructuración constante de la modernidad capitalista que lleva consigo el imperialismo contemporáneo, cuya configuración geopolítica se ha hecho más amplia y profunda. Las contradicciones son parte del propio sistema, y la forma de salir de una crisis contiene en sí misma las raíces de la siguiente. LA CRISIS debe ser entendida COMO CAMBIO, (Gandásegui y el GT sobre Estados Unidos). Y los Estados Unidos están cambiando en todas sus dimensiones.

4. Una cuarta observación tiene que ver con la dominación imperialista. De acuerdo con lo dicho, en su base se hallan las relaciones de poder que se manifiestan, en las condiciones mencionadas, de un país imperialista, con proyecciones geopolíticas, de modo transversal, o sea, atravesando todos los espacios, internos y externos, el geográfico, económico, políticos, social, cultural, simbólico, cibernético. Recuérdese que, como lo señalara Foucault, el poder no es algo que se tiene o posee, sino que se

ejerce. En tal sentido, la dominación imperialista se ejerce a través de concepciones diversas, desde las que descansan en los valores y mitos fundacionales de la nación, definidos en la declaración de Independencia y la Constitución de Filadelfia, hasta las que se plasman en documentos del presente siglo, las conocidas Estrategias de Seguridad Nacional, recuérdense las de W. Bush, 2002 y 2006, las de Obama, 2010 y 2015, la de Trump, 2017, y la Guía Interina de Biden, del pasado mes de marzo. Con matices específicos, dejan ver, sin embargo, lo común, asociado a los imperativos de dominación, que vinculan percepciones de amenaza que nacen dentro de Estados Unidos, creando consenso doméstico, con proyecciones o plataformas de política exterior. Hoy se habla mucho de la Guerra No Convencional y del Golpe Blando, y es lógico. Pero en esencia se prolonga con ella aquello que Ana Esther caracterizó en diversos trabajos hace tiempo, la estrategia de Dominación de Espectro Completo. Antes, Ana María Ezcurra dedicó tiempo a estudiar la Guerra de Baja Intensidad, que combinaba patrones de acción militar, paramilitar, guerra psicológica, subversión, en fin. Conceptos utilizados por la GNC, como los de Cambio de Régimen y Estado fallido existían, como se sabe, antes de la Circular de Entrenamiento de 2010. Nada de esto, de lo que señalamos, desde luego, es nuevo. De lo que se trata es de comprender los nutrientes y componentes del sistema de dominación norteamericana a partir de antecedentes, contextos, renovaciones. Esto es válido y necesario para examinar por ejemplo la actual disputa hegemónica de Estados Unidos con rivales globales, como Rusia y China, con otros, como Irán y Corea del Norte, para analizar el involucramiento norteamericano en escenarios de conflicto como los que persisten en Medio oriente y Asia Central, o en América Latina, ante casos como los de Cuba, Venezuela y Nicaragua.

5. Por último, la quinta consideración que queremos compartir, y es apenas una reflexión general, se refiere al momento actual de los Estados Unidos y su posible desenvolvimiento futuro. De alguna manera, las cuatro cuestiones antes abordadas aterrizan ahora. Los resultados de los comicios de 2020 y el establecimiento del nuevo gobierno no conducirán a un período que recomponga equilibrios y consensos, que redefina las relaciones entre Estado y mercado, capital y trabajo. La envergadura de los problemas augura una persistencia de las secuelas de varias crisis, contenidas unas dentro de otras: la política, la cultural, la económica, y la estratégica, con un telón de fondo estructural, cuyo desenvolvimiento cíclico apunta hacia una depresión probablemente prolongada, al menos en términos relativos, y una recuperación lenta,

agravada por la especificidad de la crisis epidemiológica y sanitaria vinculada al Coronavirus. La pandemia fue solamente el detonador de la crisis económica, no su causa de fondo. En realidad, el capitalismo arrastra desde hace medio siglo una tendencia al estancamiento, que se profundizó con la gran crisis de 2007-2008. A ello se sumarían estremecimientos sociales de grandes proporciones, asociados a reacciones masivas de protesta contra hechos de violencia policial y de racismo, cuya magnitud y permanencia constituyen indicadores adicionales del grado de conflicto existente en esa sociedad, que agravan el contexto de crisis descrito.

Los procesos electorales en ese país, centro del imperialismo mundial, no están concebidos ni diseñados para cambiar el sistema, sino para mantenerlo, consolidarlo y reproducirlo, en un marco en que el voto popular tiene sólo un valor indirecto, dado que lo determinante allí es la votación de los integrantes del Colegio Electoral. Lo más importante no tiene que ver con el partido que resulta victorioso en las urnas, ya que más allá de sus singularidades y diferencias, tanto el Demócrata como el Republicano poseen un mismo signo clasista, el de la burguesía monopolista. Sin desconocer el papel del individuo y de la personalidad en la historia, a partir de lo cual queda claro que la figura que ocupa la presidencia (en este caso, Biden) tiene un impacto de relieve, lo decisivo en el rumbo de los Estados Unidos serán los problemas reales de su economía, los intereses estratégicos permanentes de su clase dominante, de su élite de poder, las necesidades históricas e imperativos de desarrollo del imperialismo allí.

La situación que se dibuja en la sociedad norteamericana actual indica, ya se mencionaba, una crisis de legitimidad, como lo mostró el asalto al Capitolio, que entraña una secuencia dinámica, de agotamiento de la tradición política liberal y de auge de una oleada conservadora, con ciertos arraigos, que proyectan su permanencia y desarrollo en el terreno cultural y político de los Estados Unidos a través de cierta continuidad, no lineal ni absoluta, del “trumpismo”, aún sin Trump en la presidencia, toda vez que no es descartable la permanencia de un pensamiento político y de un accionar en determinados sectores sociales que pueda seguir los pasos de Trump en el corto y mediano plazo. Está claro que Biden intenta proyectar una agenda diferente con un enfoque novedoso, buscando identidad propia y credibilidad, como lo haría cualquier nuevo gobierno, surgido de un intenso debate con el anterior. Pero en determinados planos, su cauteloso y ambiguo desempeño no se traduce en un tajante y convincente desmontaje ideológico del “trumpismo”. Hasta la fecha, transcurrido casi diez meses de gobierno, lo que mejor exhibe son contradicciones y rejugos demagógicos, sin mayor

resonancia en la cultura política. Sus posiciones ante cuestiones internas como el racismo, la inmigración, la violencia policial, los derechos humanos, o en temas de política exterior, troquelados mediante conceptos ya citados, como los de Estados Fallidos y Cambios de Régimen, no se traducen en una nueva, coherente ni creíble narrativa ideológica.

Los resultados electorales de 2020 dejaron ver que junto al predominio popular y del Colegio Electoral a favor de Biden, existía una tendencia conservadora, de extrema derecha, nada despreciable. Ello se evidenció en el respaldo recibido por Trump con decenas de millones de votos, seguido por la adhesión a su figura mediante movilizaciones públicas, proclives a la violencia, que se sumaron a su empeño en aferrarse a presidencia y que aunque no consiguió impedir la impugnación de Trump y de inhabilitar su capacidad política, sobrevive en la sociedad norteamericana, en interacción con las expresiones de la derecha alternativa o desafecta, palpable en el activismo de los grupos de odio, contribuyendo a estimular las divisiones internas en el Partido Republicano, o a mantener vivas las posibilidades de conformación de un nuevo partido, con pretensiones de insertarse en el proceso electoral de 2024. De suceder algo así, ello constituiría un nivel más profundo de la crisis de legitimidad del sistema político.

Lo más probable es que la gravitación histórica de las tradiciones de la cultura política y de la legalidad en la sociedad estadounidense impidan el surgimiento de un tercer partido con capacidad de inserción en el sistema electoral, dado que el bipartidismo actúa como un contrapeso relevante, pero esa posibilidad no es totalmente descartable a la luz de las actuales circunstancias. Tampoco lo es, aunque parezca inviable, un proceso de secesión, que divida a la nación entre los estados con mayoría republicana, de un lado, y los de predominio demócrata, del otro, asumiendo, como lo proponen seguidores de Trump, que los primeros deben salirse de la Unión. El hecho mismo de que el asunto, como el relacionado con la creación de un nuevo partido, se encuentre en debate, es un sugerente indicio de que la legitimidad del sistema se estremece, aún y cuando esas alternativas no cristalicen, al menos en el corto plazo, dado el peso histórico del sistema bipartidista.

Desde los atentados del 11 de septiembre de 2001, la crisis no parece abandonar el escenario norteamericano. Los efectos han sido perdurables veinte años después en términos político-jurídicos, ideológicos y estratégico-militares a partir de los cambios institucionales que tuvieron lugar, al surgir, por ejemplo, la llamada Ley Patriótica, el

Homeland Security Department y el Comando Norte, de la construcción simbólica de los “nuevos” enemigos a la identidad y la seguridad de la nación y de la redefinición de la política exterior. Las conmociones económicas han dejado también secuelas, sobre todo desde la crisis financiero-inmobiliaria que se desata en 2008, cuyas manifestaciones se interrelacionan con todo el tejido social y político, colocando a los Estados Unidos bajo la sombra de un proceso recurrente. Aunque sin el alcance de las tensiones raciales, de la intolerancia gubernamental y de la represión de los años de 1960, se han reavivado expresiones semejantes.

Quizás la manera más gráfica y matizada de ponderar los alcances de esa crisis múltiple, sea la sugerida por el antropólogo Wade Davis en la revista *Rolling Stone*, al entender el proceso como un “desmoronamiento” de los Estados Unidos, cuya sombra se proyectará largamente en la cultura política, con hondo impacto, desarticulando la ilusión del mito del Excepcionalismo Norteamericano, lo cual constituiría un punto de inflexión histórica.

En resumen, de alguna manera, cobra vigencia, en condiciones distintas, la advertencia de Lincoln, en el contexto de crisis y contradicciones conducente a la Guerra Civil, iniciada en 1861, al decir que “una casa dividida contra sí misma no puede sostenerse... no espero que derrumbe, lo que espero es que deje de estar dividida... se convertirá en una cosa o en la otra”.

¿En qué se convertirán los Estados Unidos, ciento sesenta años después? Biden tiene ante sí un arco tal de conflictos que difícilmente pueda solucionarse con acciones como las contenidas en la Plataforma del Partido Demócrata, ni con las promesas formuladas durante la campaña electoral, o con las intenciones planteadas en el discurso que pronunció al conocer su victoria, donde expresó que se había postulado a la presidencia para “restaurar el alma de la nación”, y “lograr que los Estados Unidos vuelva a ser respetado en todo el mundo”. Cualquier semejanza, por cierto, con las frases de Trump que prometían situar a “Estados Unidos, primero”, y “recuperar la grandeza” del país, no es simple coincidencia. Aparentando cambiar las cosas, en un marco de decadencia capitalista, puede que todo quede igual, en términos de la razón de Estado.

El reto político-ideológico de los Estados Unidos es superar la crisis de legitimidad. Como alternativa al “trumpismo”, el gobierno demócrata, probablemente de un único mandato, no estará definido por un enfoque liberal tradicional. Más bien sería esperable, en el mejor de los casos, que oscile entre una posición de centro-derecha, y una de derecha, tal vez “razonable”, atemperada, cercana al viejo conservadurismo típico

republicano, alejado de la derecha radical o extrema. Las proyecciones de izquierda, de orientación radical, como las del movimiento negro y chicano, o moderada, como la de Sanders, El escenario será muy contradictorio.

Muchas gracias.